

El último paseo

A Hipólito y Arquímedes la inesperada tarde les confiaba el estreno de una extraña e inusitada niñez: andariegos, buscadores de tardes elementales, prospeccionadores de recuerdos, rasgando velos milenarios de las memorias, andando a diminutos pasos como ensayando un baile jamás aprendido definitivamente, callejeando tercamente sobre trillados caminos, eludiendo sombras, comunicándose por sendas luminosas...

Se embebían en nuevas sustancias siempre ayuntadas con el rescate pretenciosamente más fiel de la evocación. Las imágenes viajaban entre tonalidades del azul y el grana, luego pasaban a cárdenos para más tarde estabilizarse quizás en un malva desvaído, como el de las eternas solterías, como el de los pueblos célibes...

Tardes de un diciembre cualquiera... quizá el último.

Andar a todo lo largo de la Rambla Grande, isleña, diagonal que cruza como una bofetada el rostro de la ciudad, les produce a Hipólito y Arquímedes un placer confiado de luz, color, y serenidad. A todo lo largo, abajo el mar, lentamente, mirando a mitad de camino hacia la izquierda, observando el Parque Pequeño, señero y verde, se sube el tobogán de la rambla Grande, que se esmera en sus cientos de sinuosidades verticales. A ambos lados, lloran sauces lagrimando pequeñas pelotitas de ayes verdes. Algún plátano de la India...

Los colores los van chillando las casas que cierran el cauce a los lados del largo paseo. Por sobre las verjas, rejas para la intimidad de los chalecitos, se vuelcan cuajadas de flores algunas buganvillas, geráneos... En algún lado, dominándolo todo siempre, la flor de mundo. Cierta rosa azul abre su extraño color compitiendo con el blanco, el amarillo o el rosa...

Días, la luz transparenta los árboles (esta tarde el sol se ha concentrado en las calles amplias y abiertas) y se les ven sus savias subiendo con lentitud extrema: rojo, blanco, verde y azul, hasta el techo de sus copas y luego se abren aprisa y amamantan todas las hojas, hasta las más chiquititas... Puede ser un acto más de la Naturaleza, que transcurre casi irrealmente, pero hace ver la inusitada tarde como una oronda y maternal nodriza.

Allá, casi al fondo, como prolongación de la Rambla Grande, se bifurca y baja, la calle Ramón y Cajal.

Es amplia, pero sin color. Triste, sin personalidad y el sol, que hoy lo llena todo de luz, la hace vibrar con sonrisa senil. Ambas aceras se cierran en dos hileras de pinos verde sucio. Es un verde polvoriento. Quizá son los ojos que vienen ahitos de luz, y por eso la calle se ensancha y

el color, antes entristecido por la mugre, nace ahora con irisada diversidad en cada rincón, hasta en el asfalto que brilla en metálico atributo, y los pinos, sórdidos, se hacen altos y luminosos significando un creído carácter autónomo. Sus agujas se tornan lanzas destellantes, semejando el plumazón pulido del mejor gallo de pelea.

La bajada se hace muy lenta, porque tiene final la calle, porque se intuye una tapia blanca que cercenará la continuidad. Es un final fijo y encubierto. Por eso hay que detenerse y andar de espaldas mirando hacia arriba. Y se vuelven a ver los sauces llorones y la gran luz en la frente.

Esa luz que anda cogida de las manos de Hipólito y Arquímedes, es una luz zangolotina, fresca y risueña. A veces se les escapa de entre las manos y se va corriendo hacia abajo. Luego vuelve y se encierra entre los dos, rebulléndose, abriendo su sitio intermedio con desparpajo e intimidad. La luz les sonríe y habla quedamente, con unos susurros que como vasos comunicantes anda de Hipólito a Arquímedes y de éste a aquél; sin avisos. Y los besa en las mejillas, cuarteadas por miles de arruguitas de los tiempos, con sus labios abiertos y carnosos de luz; con sed... y rojos como un delantal de amante.

Era en esa tarde, la luz, la fiel compañera de los dos viejos, quien usaba sus poros, las manos, sus sonrisas o los distintos tonos de los colores de sus ojos como una niña traviesa, difundiendo su atolondrada actividad con entera pasión.

Ellos seguían cogidos de las manos, lentos y sonrientes con unos cosquilleos de muerte esperada en sus labios: dulce y ecuánime... Las manos unidas apenas por el soplo de un roce, pero tan fechadas como los arcones viejos de los ráidos recuerdos. La paz de siglos abrochaba el botón de sus manos.

La vejez más legítima reconociendo la inusitada niñez de la tarde luminosa.

En el reposado andar se levantaba un lejano sonido de viento peregrino. Singularmente, las calles se tornaban a una quietud sumisa y se compactaba el silencio en regular armonía acogedora. Siendo una tarde de tan elegante luz bien merecía tramarse una ignorada y última melodía. Se percibía la quietud voluntaria, sonsacada a la vida, como un postrer regalo, y tácitamente era aprovechada la ventaja de los escasos minutos.

Las palomas de los vuelos se hallaban aún varadas en los pechos de los dos ancianos, trabadas como insignias, pero dispuestas a emprender vuelos eternos en el indicado instante de la caída del definitivo grano de la vida.

Mientras, el milagro se había conseguido. El milagro de la armonía ajena a la destrucción. Y había bastado la luz difundida en toda su potencia, ancha, alegre y activa conciliada con la tarde, las sonrisas en los labios y un viento sosegado que uniera unas manos en uniforme senectud.

Andando con paz y sin miedo, como súbditos y jefes a un tiempo, dibujados en el centro de sus frentes los estigmas silenciosos del Universo, el dilatarse del tiempo se hacía inagotable.

Las formas se complacían en un aura consistente y plástico que holgaba el paso de los minutos finales.

De poco servía preguntarle a las cosas por el odio entre los hombres, por la destrucción incesante y las violencias que encarcelaban las

almas en un rotundo **no** a la vida, o adelantarse unos pasos para acumular más luz y embeberse en mayor felicidad.

No existían dudas, y el afán se había hechizado, fragilizándose. Hubo de caer una pequeña gota de lluvia sobre el zapato blanco de Arquímedes, y una sombra ligera voló sobre la luz de la tarde empañando con amenazas el apasionamiento de la niña traviesa quien contuvo parte de la luz de los colores, empobreciendo su vaporosa y diáfana actividad.

Los dos pechos de la vejez no se inmutaron, sin embargo las palomas comenzaban ya a desentumecerse, rompiendo el letargo, vitalizándose. Calmosas, extienden sus alas, alargan los cuellos, abren con los picos sus plumas, sin turbación, fijas, con celo, con la gravedad de quienes realizan un lacónico rito de arrullos.

Aún no había caído la segunda diminuta gota de lluvia y las palomas se hallaban ya expectantes en el alfeizar de los pechos de Hipólito y Arquímedes, mirando afuera de ellos, buscando en el espacio la señal concordada desde el principio de los tiempos. Pero ambos ancianos seguían dibujando con sus pies, lentos y torpes, arabescos en el asfalto.

Ignoraban el tiempo del tiempo exacto y hacían por no apresurarse, con aplomo, dóciles a lo infalible. Zigzagueó en el ambiente la gota de lluvia, como queriendo engañar la ley de gravedad. Pero el tiempo no era ya la causa de su destino, ni los puntos suspensivos de su aparente torpeza podrían detener el vuelo de las palomas, quienes batían alas, dinamizando músculos, engrasando las articulaciones, haciendo correr el aire antes detenido.

Al fin, la gota de lluvia se posaba suavemente, como en un reclinatorio, en uno de los zapatos blancos de Hipólito, abriéndose, abrazando el blanco con goloso impulso, deshaciéndose, perdiéndose con la dispersión de sus moléculas. Muriendo.

Y a la segunda gota de lluvia siguió el paso lento y plomizo de un inexpresivo velo negro de nubes.

Aprisa se precipitaban las nuevas gotas de lluvia, con orientados destinos mientras los colores, ahora asustadizos, se infiltraban por entre las grietas de las sombras enlutándose con lo oculto.

Las palomas, con los picos clavados en el aire, saltaron al unísono, en un impulso final, desde los pechos de Hipólito y Arquímedes, al vacío.

Planeando al principio, luego veloces, se adentraban en los caminos de los vientos, con avidez, como ofuscadas, volando hasta el vértigo.

La lluvia, hecha constancia, iba mordiendo las figuras de Hipólito y Arquímedes (casi dos sombras) desmoronando sus perfiles con infatigable persistencia, consagrándose a desmodelar sus cuerpos, deshaciendo sus carnes muertas, poro a poro, nervio a nervio, removiéndolos hasta sus cimientos.

Desgranados los cuerpos de Hipólito y Arquímedes corrían por el suelo hechos barro; mezclados en íntima complacencia con el lodo, se hacían barranco, arroyo, caudal, río, torrente, remanso, fertilizando los caminos, humedeciendo los surcos arañados a las tierras, buscando las acequias, andando todos los cauces, siempre en audaz búsqueda de las manos y los ojos del Universo.

ALBERTO OMAR